

LOS ESCENARIOS DEMOGRÁFICOS DE GALICIA Y SUS IMPLICACIONES ECONÓMICAS¹

XOAAQUÍN FERNÁNDEZ LEICEAGA
Departamento de Economía Aplicada
Facultade de Ciencias Económicas e Empresariais
Universidade de Santiago de Compostela

Recibido: 17 marzo 2000

Aceptado: 15 junio 2000

Resumen: El artículo tiene dos objetivos básicos: la explicación de los horizontes demográficos plausibles para Galicia y la evaluación de las implicaciones económicas de aquéllos. Para el primer objetivo se movilizan distintos recursos, desde la determinación del nuevo modelo demográfico, caracterizado por la fecundidad mínima, el alargamiento de la esperanza de vida y un saldo migratorio positivo, hasta las previsiones demográficas existentes. Estas últimas son contrastadas con la evolución de la población en la década pasada.

Para acercarnos al segundo objetivo se construyen indicadores demográficos de la situación en el año 2026, según las hipótesis de las previsiones, que indican una profundización considerable del grado de envejecimiento. A continuación, se discuten en un plano teórico las consecuencias del envejecimiento poblacional sobre algunas variables económicas. Para terminar, se resumen las conclusiones de algunos trabajos previos del autor sobre los efectos de ese escenario en el mercado de trabajo o en los gastos sociales en Galicia.

Palabras clave: Envejecimiento / Previsiones / Implicaciones socioeconómicas.

DEMOGRAPHIC SCENARIOS IN GALICIA AND THEIR ECONOMIC IMPLICATIONS

Summary: This paper aims at two basic goals: an explanation of the demographic horizons plausible for Galicia and an evaluation of the economic implications of the same. In order to achieve the first objective different resources are utilized, from the determination of the new demographic model, characterized by its lowest fertility, the lengthening of life expectancy and a positive migratory balance to the existing demographic projections. The latter are contrasted with the evolution of population in the last decade.

To approach the second goal demographic indicators of the situation in the year 2026 are constructed in accordance with the hypotheses of projections that show a considerable in-depth of the rate of ageing process. Next, the consequences of population ageing for some of the economic variables are discussed from a theoretical viewpoint. Finally, the conclusions of some previous papers of the author about the effects of such scenario on the labour market or social expenditure in Galicia are discussed.

Keywords: Ageing / Projections / Socio-economic implications.

1. EI NUEVO MODELO DEMOGRÁFICO VIGENTE

Para exponer de modo sintético los principales rasgos del modelo demográfico vigente conviene referirse a la ecuación poblacional básica, a saber²,

¹ El presente artículo se beneficia y resume diversos trabajos publicados o presentados en los últimos años. Los más relevantes son los citados a continuación. A ellos remito al lector interesado para profundizar en alguna idea o encontrar referencias bibliográficas.

² Expresada en valores absolutos. También es posible expresarla en tasas de variación para un período dado, simplemente dividiendo cada componente de la ecuación por la población (inicial, o media del período, o final).

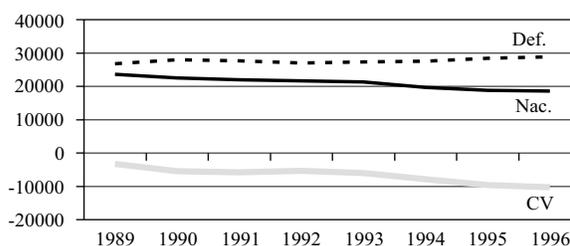
Crecimiento poblacional real = Crecimiento vegetativo + Saldo migratorio = Nacimientos – Decesos + Inmigrantes – Emigrantes.

¿Cuáles son esos riesgos centrales?

1.1. PARA COMENZAR, UN CRECIMIENTO VEGETATIVO DE SIGNO NEGATIVO COMO RESULTADO, BÁSICAMENTE, DE UNA PERMANENCIA DE LA FECUNDIDAD POR DEBAJO DEL NIVEL MÍNIMO DE REEMPLAZO GENERACIONAL

De acuerdo con las informaciones facilitadas por el INE (Base de datos TEM-PUS), el crecimiento vegetativo entre 1991 y 1997 fue negativo en todos los años, con una cifra acumulada de -54.419 personas (gráfico 1); en los últimos años la diferencia entre nacimientos y defunciones se sitúa en el entorno de los -10.000 habitantes por año³.

Gráfico 1.- Movimiento natural. Galicia, 1989-1996



Como es sabido, desde finales de la década de los setenta se produce una disminución continuada en el tamaño de las generaciones: nacían alrededor de 45.000 personas en Galicia a la altura de 1976 frente a las 18.683 del último año con referencias precisas (1997). Este fenómeno depende, al igual que en el conjunto de España y también en el sur de Europa, de modificaciones en el comportamiento reproductivo de las mujeres (afecta, pues, a las tasas de fecundidad) y no al número de éstas en edad de procrear ni a las alteraciones en su estructura de edad. Tampoco del retraso en la edad media de la maternidad: pese a la concentración de la fecundidad entre los 25 y los 35 años (incluso, en los últimos tiempos, por encima de los 30 años), lo cierto es que la edad media no experimenta grandes variaciones al eliminarse los nacimientos tanto en edades tempranas como tardías. La especificidad gallega reside, en todo caso, en el insólito nivel alcanzado (entre 0,8 y 0,9 hijos por mujer), que admite sólo comparación con Comunidades Autónomas

³ De utilizar informaciones procedentes del padrón de habitantes, el crecimiento vegetativo entre 1991 y 1996 sería de -36.318 personas.

hijos por mujer), que admite sólo comparación con Comunidades Autónomas de la cornisa cantábrica (Asturias, Cantabria, País Vasco) o con los valores ofrecidos en tiempos recientes por Italia.

En otro lugar (ver, para lo que sigue, Fernández Leiceaga, 1999b), hemos ofrecido algunos elementos de explicación para este fenómeno desde una perspectiva coste-beneficio: los costes de oportunidad del tiempo de trabajo femenino, tanto en términos de utilidades monetarias como no monetarias, ascendieron sensiblemente a consecuencia del enorme esfuerzo educativo de las mujeres y de la sustitución progresiva (de momento parcial) de una economía con una división sexual del trabajo por otra en la que las mujeres desean incorporarse masivamente al mercado laboral⁴. Por otro lado, tanto las aspiraciones de los padres para ellos (el umbral mínimo de bienestar que deben traspasar para decidirse a la paternidad) o para sus hijos (la calidad de los hijos) aumentaron mucho más que la capacidad de ser satisfechas. Esta capacidad está limitada por la dificultad de inserción estable en el mercado de trabajo, que afecta, además, las expectativas sobre las rentas derivadas de toda la vida laboral; las aspiraciones han sido modeladas por la escolarización, la movilidad rural-urbana, los cambios recientes en el nivel de renta, etc. Finalmente, los beneficios derivados de los hijos se reducen con la crisis de la agricultura familiar y la universalización del sistema de pensiones.

A lo largo de la llamada transición demográfica, la fecundidad ha sido en Galicia inferior a la media española, y tal era la situación a finales de la década de los setenta del siglo XX. Partiendo de esa posición, la destrucción continuada de empleo en términos netos en las dos últimas décadas y la velocidad del avance en las cualificaciones, así como en los cambios sectoriales de actividad, explicarían el nivel mínimo de fecundidad en nuestro país.

Debemos indicar un segundo elemento complementario de la reducción de la fecundidad a la hora de explicar el crecimiento vegetativo negativo de las últimas décadas: las ganancias sustanciales en la esperanza de vida, que nos conducen a valores de los más altos del mundo. Según la Xunta de Galicia (Información IGE, 1999), la esperanza de vida al nacer era de 77,58 años en el conjunto de Galicia para el año 1996, con ligeras diferencias provinciales. Constituye ya un tópico indicar la ventaja del sexo femenino sobre el masculino: mientras que los hombres pueden esperar vivir 73,58 años, las mujeres poseen una expectativa 8 años superior, un 11% adicional. De manera conjunta, la prolongación de la vida media al nacer ha sido intensa en las últimas décadas, impulsada por las mejoras en la atención médica, en los hábitos y comportamientos familiares y en el nivel de bienestar, que hundieron la mortalidad natal y perinatal hasta tasas muy próximas a la

⁴ Notemos que la tasa de actividad femenina está en franco ascenso, sobre todo en los tramos de edad inferiores. La opción por la educación aumenta la propensión a la actividad, eleva los salarios y socava la especialización tradicional en el seno del hogar.

mortalidad endógena y que redujeron sustancialmente las muertes a lo largo de la infancia. Estas ganancias poseen un impacto estadístico muy notable. Pero recientemente se producen importantes avances en edades altas, fruto de las innovaciones en el tratamiento de algunas enfermedades, pero también de mejoras básicas. Como contraste, los jóvenes de sexo masculino (y en menor medida, femenino) vieron aumentar su probabilidad de muerte a causa del efecto del SIDA y de otras enfermedades infecciosas, de la drogadicción y de los accidentes de automóvil, sin que este impacto pueda contrapesar las ganancias en el resto de las edades. A pesar de esto, el número absoluto de muertes aumenta ya desde principios de la década de los sesenta del siglo XX a causa del progresivo envejecimiento de la población, situándose en las proximidades de los 30.000 decesos por año.

Por otro lado, Galicia es hoy una sociedad envejecida tanto en términos históricos como en su comparación con otros espacios de los países desarrollados. Eran más de 502.000 los gallegos con más de 65 años a la altura de 1996, un 18,33% de la población total. Se trata de un conjunto feminizado (son mujeres más de un 59% del total), con un envejecimiento dentro del envejecimiento limitado y con un impacto territorial dispar, reflejando las historias demográficas de cada área. Los porcentajes de Ourense y Lugo, a escala provincial, multiplican por 1,5 a los de A Coruña y Pontevedra. La utilización de un análisis desagregado indica que, con contadas excepciones, el problema es general en las dos provincias citadas, pero que también presenta cierta gravedad en las zonas orientales de Pontevedra y A Coruña. En comparación con otras CC.AA., Galicia se sitúa en la zona alta, siendo superada sólo por algunas regiones del norte (Aragón, Asturias, Castilla-León, La Rioja). Con excepción de Suecia y Noruega, todos los países miembros del Consejo de Europa presentaban valores inferiores a Galicia a principios de la pasada década. Por otro lado, el envejecimiento avanza a paso firme: entre 1991 y 1996 el contingente de mayores de 65 años se incrementó en 58.422 personas adicionales⁵.

1.2. UN SALDO MIGRATORIO POSITIVO QUE CONVIERTE A GALICIA EN PAÍS DE EMIGRACIÓN

Como es sabido, Galicia fue, a lo largo del ciclo demográfico moderno, un país de emigración de modo continuado: sólo cuando las condiciones externas de los países de acogida hacían imposible la salida, esa corriente se detenía para reanudarse una vez que desaparecían las causas externas de impedimento. En los últimos tiempos se invirtió ese rasgo central de la demografía gallega moderna: Galicia es hoy una sociedad con movimientos poblacionales casi equilibrados y, a lo sumo, con un predominio de las entradas sobre las salidas.

⁵ De todos modos, la proporción de mujeres sobre el total disminuyó ligeramente, pasando de un 60% a un 59,51%.

Utilizando el método de balance para el cálculo de los saldos migratorios, obtenemos la siguiente tabla para el período 1991-96 (tabla 1).

Tabla 1.- Variaciones poblacionales. Galicia, 1991 a 1996

	VI	CV	SM
A Coruña	13.336	-13.050	26.836
Lugo	-14.602	-12.529	-1.533
Ourense	-6.578	-10.764	4.186
Pontevedra	18.257	25	18.232
Galicia	10.413	-36.318	47.721

VI: variación intercensal de población; CV: crecimiento vegetativo; SM: saldo migratorio.

FUENTES: *Censo de población*, 1991; *Padrón de habitantes*, 1996. Elaboración propia.

El saldo migratorio resulta muy positivo, del orden de las 9.000 personas/año, sirviendo para contrapesar las pérdidas que se producen por el movimiento natural de la población y consiguiendo así mantener los volúmenes demográficos de partida. Los saldos positivos son más elevados en las áreas urbanas, mientras que en las comarcas de montaña y/o alejadas de las principales ciudades sigue existiendo una expulsión neta de población.

Si usamos datos directos de migraciones (INE), disponibles para el período 1989-1996, sigue manteniéndose el saldo positivo, pero con mucha menor amplitud, oscilando entre las 1.272 y las 6.654 personas anuales.

Otros riesgos destacables de los flujos son:

- La potencia de la inmigración de retorno. Si hacemos caso de los datos directos del período 1992/95, un 78,63 de los inmigrantes tenían como lugar de nacimiento Galicia. Si a éstos sumamos sus descendientes nacidos en el exterior llegaríamos a porcentajes de entre el 90 y el 100%. Este es un flujo continuado, integrado por personas de ambos sexos, que experimenta, sin duda, oscilaciones coyunturales ligadas a los vaivenes que sufren las economías que antes acogieron a los emigrantes gallegos; pero que tenderá a reducirse a medida que el tiempo pase. Dada la elevada edad media de los que regresan, el potencial de regeneración demográfica que se puede esperar del retorno es más bien escaso.
- Reducción de la emigración tradicional. Los principales flujos migratorios tienen como destino otras provincias españolas, siendo residual la emigración al extranjero (entre el 1 y el 2% del total). Este flujo, que guarda relación directa en su intensidad con el ritmo de crecimiento económico español, es más joven que el de entradas y posee un carácter menos permanente que la emigración clásica, a Europa o Latinoamérica. Las principales Comunidades Autónomas de destino son Canarias, Madrid y Cataluña.

1.3. UN CRECIMIENTO REAL NEGATIVO

El volumen y el signo del crecimiento real de la población oscilan, dependiendo de los períodos y de las fuentes utilizadas. En la tabla 1 observamos que, entre 1991 y 1996, Galicia aumentaba ligeramente su población; sin embargo, utilizando las mismas fuentes, la oscilación del período 1996/1998 sería ya nítidamente negativa. Por otro lado, partiendo de los datos directos de migraciones externas, podemos construir las variaciones de población entre 1989 y 1996, con los resultados que se muestran en la tabla 2.

Tabla 2.- Variaciones de población

	NAC.	DEF.	CV	SM	CR
1989	23.592	26.828	-3.236	1.272	-1.964
1990	22.501	27.979	-5.478	3.209	-2.269
1991	21.927	27.696	-5.769	3.282	-2.487
1992	21.633	27.016	-5.383	6.654	1.271
1993	21.284	27.284	-6.000	6.164	164
1994	19.683	27.542	-7.859	5.006	-2.853
1995	18.799	28.464	-9.665	3.942	-5.723
1996	18.597	28.879	-10.282	1.525	-8.757
SUMA	168.016	221.688	-53.672	31.054	-22.618

CV: crecimiento vegetativo; SM: saldo migratorio; CR: crecimiento real.

FUENTES: *Movimiento natural de población*, INE; *Migraciones*, INE. (Diversos años). Elaboración propia.

Hay una marcada tendencia a la caída del volumen de población, que se agudiza en los últimos años.

2. LAS PREVISIONES DEMOGRÁFICAS

El IGE publicó en 1996 las *Previsións de poboación de Galicia 1991-2026* (Xunta de Galicia, 1996), en las que establece distintas variantes. La hipótesis de fecundidad singulariza a cada variante, oscilando entre 1 y 1,8 hijos por mujer al cabo del período. Tres son también las variantes de la mortalidad, que van desde una ganancia de años de vida próxima a los 4 años para hombres y mujeres, hasta simplemente dejar constancia de la esperanza vital en los valores de 1991. Dos son, finalmente, los escenarios de emigración elegidos, siendo en ambos casos inexistente la emigración internacional; en los movimientos interregionales se supone que esa inmigración es decreciente hasta un valor nulo en el 2025, combinándose con una emigración en disminución (dando lugar a un saldo positivo decreciente) o constante (generando un saldo positivo que decrece muy rápidamente para volverse negativo a continuación).

En otro lugar (ver, en lo que sigue, Fernández Leiceaga, 2000), hemos subrayado que las hipótesis de mortalidad y fecundidad presentaban un abanico de variabi-

lidad suficiente; pero que, para la emigración externa, las hipótesis manejadas por el IGE resultan excesivamente seguidoras de una dinámica coyuntural irreplicable por el peso de los retornos. Cabría, en consecuencia, simular una situación en la que existe un flujo de inmigración potente procedente del Magreb o de Portugal, por ejemplo. Por otro lado, la combinación de las distintas hipótesis de fecundidad y mortalidad produce veinticuatro posibilidades, de las cuales el IGE eligió cuatro. La elección no es neutral en relación con el proceso de envejecimiento: así, las hipótesis de superior fecundidad van acompañadas por una esperanza de vida en franco ascenso: a un menor envejecimiento por la cima corresponde un superior envejecimiento por la base. Mientras que la fecundidad muy baja convive con una mortalidad constante y con un saldo migratorio que llega a invertirse. Sin embargo, nada autoriza a pensar que sean precisamente esas combinaciones las más plausibles: las correlaciones fecundidad/esperanza de vida o, aunque en menor medida, fecundidad/saldo migratorio, carecen de sentido.

¿Qué ha pasado realmente con esas previsiones?

En la tabla 3 podemos observar las diferencias existentes entre las previsiones para 1996 y los resultados de la operación padronal de esa fecha. En relación con el volumen absoluto de población, las discrepancias entre lo proyectado y la realidad no son excesivas: van desde 742 habitantes adicionales (variante alta) hasta 7.881 habitantes menos (variante muy baja); siendo la variante media la que con más fidelidad calculó el volumen de población estimado, con un nivel de ajuste muy elevado (el error es sólo del 0,01%). No obstante, la consulta de las cifras por sexo indica que esa fidelidad ha sido el producto feliz, pero casual, de discrepancias de superior envergadura en los componentes de la ecuación demográfica básica: en todos los casos se produjo una evolución de los contingentes masculinos inferior a la prevista, mientras que sucedió lo contrario con el volumen de población femenina. Las cifras oscilan ahora entre los -5.603 hombres (variante alta) y las +9.498 mujeres (variante muy baja).

Tabla 3.- Diferencias por grupo de edad entre el padrón del 96 y las previsiones

	VARIANTE			
	ALTA	MEDIA	BAJA	MUY BAJA
0-15	-5.229	-4.803	-3.902	-2.933
15-65	-10.149	-10.149	-9.813	-6.535
Más de 65	14.636	14.636	15.351	17.349
Total	-742	-316	1.636	7.881

Un signo negativo indica una cifra del padrón inferior a la proyectada; lo contrario para los signos positivos.

FUENTE: Elaboración propia.

La consulta de las cifras por tramos de edad permite aportar una luz suplementaria a la bondad de las previsiones⁶. En todos los casos, las previsiones sobrestima

⁶ O de la operación padronal, en su caso.

maron la cantidad de niños menores de 5 años (entre -5.289 y -3.373) o de menores de 15 años (entre -5.229 y -2.933), mientras que subestimaron la población de más de 65 años (entre +17.349 y +14.636 personas). Es preciso destacar también que en el grupo central (de 15 a 65 años) se detecta menor población de la prevista, sobre todo en lo que afecta a los contingentes masculinos.

Por lo tanto, las previsiones sobrestimaron la fecundidad real existente en la década de los 90⁷, mientras que infraestimaron los avances en el alargamiento de la esperanza de vida a edades avanzadas y la inmigración de retorno protagonizada por personas de edad; asimismo, infraestimaron los avances de la mortalidad masculina en los inicios de la edad adulta o la emigración a estas edades.

3. LAS IMPLICACIONES

3.1. LAS IMPLICACIONES DEMOGRÁFICAS

Centraremos nuestro análisis de las implicaciones demográficas en dos aspectos: los cambios en el volumen de población y las modificaciones en la estructura de edad.

De acuerdo con las cifras del IGE, en un horizonte de 26 años la población gallega evolucionará a tasas anuales acumulativas, que oscilarán entre el -0,0603% y el 0,0032%.

El primer ritmo se consigue en la variante muy baja, dando lugar a una pérdida en volumen absoluto de más de 500.000 personas en el horizonte indicado; el segundo corresponde a la variante alta, superándose ligeramente, en ese caso, los 2,7 millones de habitantes. Galicia perderá población, previsiblemente, a un ritmo muy superior al que lo harán los principales países europeos o España en su conjunto. Además, esa pauta se acelerará a partir del año 2008 o 2009, momento en el que la estructura de edades comienza a favorecer la regresión demográfica.

Tabla 4.- Evolución de la población. Distintas variantes. Galicia, 1991-2026

	VA	VM	VB	VMB
1991	2.733.318	2.733.318	2.733.318	2.733.318
1996	2.743.364	2.742.938	2.740.986	2.734.741
2006	2.781.053	2.763.410	2.713.211	2.652.762
2016	2.822.139	2.771.726	2.638.794	2.481.641
2026	2.736.459	2.659.638	2.473.073	2.211.144

Un saldo migratorio positivo, del orden de 10.000 personas por año, concentrado entre los 20 y los 24 años y equilibrado por sexos, permitiría, aunque con niveles de fecundidad muy reducidos, estabilizar la población hasta el año 2026.

⁷ Pues las otras dos alternativas plausibles para explicar la discrepancia, a saber, una mayor migración de niño de muy corta edad o una mortalidad infantil muy inferior a la prevista no pueden explicar la magnitud de la misma.

Un segundo elemento, central en las características demográficas, alude al incremento en el número absoluto de personas mayores de 64 años. Llegaríamos a un máximo de 633.656 personas, con el alargamiento de la esperanza de vida y una inmigración positiva en las edades relevantes. En cualquier caso, se produciría un incremento considerable sobre la situación actual (y ya no digamos sobre ese contingente en 1991⁸). Las cifras anteriores refuerzan la consideración del envejecimiento como cuestión de singular importancia para las sociedades desarrolladas: Galicia, en un horizonte próximo, deberá ser capaz de dotar de un nivel digno de recursos a un número creciente de personas mayores, cada vez de mayor edad y mayoritariamente de sexo femenino. Las personas mayores serán más y proporcionalmente más numerosas; pero, incluso en la población potencialmente activa, aumentará la importancia de los grupos próximos a la frontera de la tercera edad⁹. Si calculáramos el índice de reemplazamiento¹⁰ en el horizonte del año 2026, comprobaríamos que pasa de cifras inferiores a la unidad a situarse nítidamente por encima de ésta.

Tabla 5.- Índices sintéticos para diversas variantes demográficas. Galicia, 2026

VARIANTE	1	2	3	4	5	6
Alta	23,16	23,55	37,23	60,78	1,41	1,09
Media	23,82	21,46	37,99	59,45	1,48	1,20
Baja	24,52	18,16	38,38	56,54	1,67	1,59
Muy baja	24,96	16,20	38,66	54,86	1,74	1,75
1991	16,25	28,01	24,84	52,86	0,79	0,65

1. Proporción de mayores de 64 años sobre la población total. 2. Tasa de dependencia juvenil. 3. Tasa de dependencia senil. 4. Tasa de dependencia total. 5. Distribución de la población en edad activa: (40-64)/(15-35). 6. Índice de reemplazamiento.

FUENTE: Elaboración propia.

La tasa de dependencia total (TDT) también aumenta, pero con una menor intensidad. A la agudización del envejecimiento corresponde una menor fecundidad, compensándose parcialmente ambos fenómenos. Así, la TDT será menor cuanto menor sea también la fecundidad prevista. Si ese indicador fuese una buena medida del desempeño económico, preferiríamos la combinación formada por esa situación de nacimientos escasos con una inmigración centrada en las edades activas.

El análisis efectuado hace emerger conclusiones paradójicas. Por una parte, se ratifican los temores sobre las consecuencias previsibles de la evolución demográfica sobre el volumen de población o su estructura de edades. La población descenderá casi en cualquier circunstancia por el impacto diferido de la crisis de nacimientos, que comenzó a finales de la década de los 70, sobre el potencial de cre-

⁸ En todo caso, la evolución de la situación entre 1991 y 1996 antes comentada nos indica que pueden estar subestimadas las cifras de personas mayores en el año 2026.

⁹ Calculamos para cada variante la proporción de las personas entre 40 y 64 años sobre las personas entre 15 y 35 años para los años 1991 y 2026.

¹⁰ Calculado como la razón entre las personas de 60 a 64 años sobre las personas entre 15 y 19 años.

cimiento en el futuro próximo; tan sólo una recuperación muy intensa de la fecundidad o un saldo inmigratorio considerable evitarían este resultado –en el último supuesto con mayor inmediatez–. El número absoluto de personas mayores y la tasa de dependencia senil ascenderán de manera inexorable, al igual que la tasa de dependencia total. La edad media de la población en edad activa no hará más que aumentar.

Pero la evaluación de los distintos escenarios no es sencilla, porque en el horizonte del año 2026 los efectos divergen según el indicador utilizado. Así, si el objetivo fuese maximizar la población, bastaría con alentar tanto la fecundidad como la inmigración; pero no se trata de la opción que minimiza el número absoluto de personas mayores de 64 años, ni la tasa de dependencia total, ni presenta la estructura por edad de la población potencialmente activa más favorable –aunque sí la menor tasa de dependencia senil–. En algunos casos, la mejor política a medio plazo consistiría en reducir la fecundidad y restringir la inmigración: minimizaríamos el número absoluto de personas mayores, así como la tasa de dependencia total, aunque a costa de reducir el tamaño de la población y exacerbar la tasa de dependencia senil.

3.2. ALGUNAS IMPLICACIONES DE CARÁCTER ECONÓMICO

3.2.1. Algunas reflexiones globales

Esta situación demográfica brevemente descrita, ¿es un problema en términos económicos? Las implicaciones que el envejecimiento pueda tener en la evolución de las variables económicas actúan por variados caminos que se cruzan y que, a menudo, apuntan a orientaciones divergentes. Podríamos clasificar los efectos en aquéllos ocasionados por la ralentización o inversión del dinamismo demográfico y en los causados por las modificaciones en la estructura de edad de la población; y, en cada uno de estos dos grandes conjuntos, distinguir entre las modificaciones de la capacidad productiva y en la composición de la demanda. A veces sería necesario concretar mucho más, por cuanto, por ejemplo, los cambios en la estructura de edad podrían generar repercusiones alternativas causadas por alteraciones en la fecundidad, en la mortalidad o en las migraciones. Algunos autores, de manera contradictoria, creen que sólo un enfoque de equilibrio general sirve para aproximarse a las implicaciones económicas del envejecimiento, dadas las interrelaciones entre las variables contempladas en los ejercicios parciales.

El modelo del ciclo vital constituye una referencia obligada a la hora de explicar los efectos del envejecimiento sobre el nivel de ahorro de una economía. En sus versiones más sencillas, el modelo supone que las personas atraviesan dos fases a lo largo de la vida. En la primera (edad adulta) obtienen ingresos, mientras

que en la segunda se ven incapacitados para hacerlo. Como consecuencia, deben acumular riqueza mientras sean capaces para poder mantenerse en la vejez. Sin embargo, este modelo simple no parece ajustarse excesivamente bien a la realidad. Desde los comienzos de la formulación de la teoría del ciclo vital, los estudios empíricos pusieron de manifiesto que las relaciones entre ingresos y consumo son más complejas de lo que se suponía: la renta tiende a crecer hasta los 45 años para descender a continuación suavemente hasta la edad de la jubilación. La teoría del capital humano ofrece una explicación de ese perfil, que se produce por la acumulación de experiencia que contrarresta la posible pérdida de habilidad o fuerza con la edad.

Por otro lado, no sólo la renta sino también las preferencias y necesidades de consumo varían con la edad de manera no lineal, afectando a la capacidad de ahorro. Aún puede producirse un aumento de la tasa de ahorro si el efecto del estancamiento en el número de hijos compensa el efecto contrario provocado por el aumento relativo de los ancianos. Además, el envejecimiento implica un ascenso de la edad media de la población en edad activa; aumenta la proporción de los mayores de 45 años sobre los que tienen entre 25 y 45. Estamos de nuevo ante un efecto compensador del descenso de la tasa de ahorro por la mayor proporción de dependientes seniles. Más aún, el desahorro en la vejez podría no ser tan relevante como se derivaría de la versión más sencilla de la teoría del ciclo vital. Podría existir un motivo altruista o estratégico para conservar hasta el final de la vida la mayor cantidad posible de riquezas. El motivo estratégico nos diría que existen determinados servicios que los mayores precisan y para los cuales no hay mercados o, si los hay, son imperfectos. La atención o el cariño de los allegados no puede sustituirse, pero puede obtenerse con más facilidad si el nivel de riqueza es superior. El aumento de la esperanza de vida, que es el segundo factor responsable del envejecimiento, podría a su vez condicionar el esfuerzo de ahorro que realizan los individuos durante su etapa activa, incrementándolo. Sin embargo, el envejecimiento dentro del envejecimiento podría provocar el efecto contrario, elevando el nivel del desahorro.

Lo cierto es que estudios empíricos recientes no encuentran una relación neta entre envejecimiento y ahorro. Los análisis de tipo macroeconómico, utilizando un panel de países en un momento dado del tiempo, sugieren la existencia de esa relación, incluso con una fuerte intensidad; por el contrario, los análisis de carácter microeconómico, en los que se mide el comportamiento de los individuos de más edad en relación con sus conciudadanos más jóvenes, a partir de una muestra representativa, no avalan este resultado. Podría suceder que un efecto cohorte muy fuerte condicionase el nivel de ahorro observado en el primer tipo de estudios. En el caso español se ha argumentado que, aunque el efecto directo del envejecimiento sobre la tasa de ahorro podría no ser muy importante, utilizando datos de la *Encuesta de presupuestos familiares de 1990-91*, las consecuencias sobre el gasto

público podrían hundir el ahorro nacional bruto e, indirectamente, incluso el ahorro privado, si se financiaran las mayores obligaciones del Estado con un aumento de los impuestos. Además, la mayor propensión al ahorro corresponde a los cabezas de familia de edad avanzada, lo que podría ser explicado por tratarse de familias con una mayor proporción de viviendas en propiedad, con una tasa de dependencia muy baja y de una superior concentración en áreas rurales. La estimación de una ecuación de ahorro permite deducir que, para niveles bajos de renta, los jubilados son los que menos desahorran, reflejando el carácter permanente de la renta; y que, para niveles de renta elevados, son en cambio los jubilados los que menos ahorran, aunque con un resultado positivo y posiblemente más elevado que el que se deduciría de un modelo sencillo del ciclo vital.

Pero, si los efectos del proceso de envejecimiento sobre la tasa de ahorro privado son inciertos, aún cabría imaginar una incidencia desfavorable sobre el proceso de inversión y, por lo tanto, sobre el crecimiento. Surgen dos temas diferentes: por un lado, el ritmo de inversión necesario para mantener el coeficiente capital/trabajo a un nivel dado (o para aumentarlo a una cierta tasa); y, por otro, la modificación de los incentivos para la inversión.

Para un volumen absoluto de ahorro, el envejecimiento, al traducirse en un menor dinamismo poblacional, favorecería un incremento del consumo compatible con una ratio capital/trabajo dada, o un incremento de ésta para un nivel determinado de consumo. En términos de Sauvy, la necesidad de menores inversiones *demográficas* permitiría aumentar o el consumo por habitante o el capital por trabajador. Sin embargo, más que de la demanda potencial (ligada al número de habitantes), los incentivos para la inversión proceden de la demanda efectiva. Algunos autores propugnan que la productividad del trabajo disminuye al aumentar la edad media de la población ocupada, disminuyendo el ritmo de crecimiento económico. Los argumentos empleados suponen que la incorporación de población joven es la vía de entrada natural de las nuevas tecnologías, que permiten elevar el grado de eficacia en la producción, para una relación estable capital-trabajo, así como de la elevación en la dotación de capital humano por ocupado. No obstante, ni los estudios directos de la productividad diferencial por edad en el seno de las empresas ni los análisis de los perfiles de remuneración por edad confirman la existencia de la relación directa entre juventud y productividad. Será perfectamente posible una mayor oferta de mano de obra acompañando las cohortes más reducidas, si aumenta la propensión a la actividad, por lo que no podría aducirse que la permanencia de la fecundidad que acompaña al envejecimiento de la población disminuye el aporte de sangre joven o de capital humano al stock de mano de obra efectivamente empleada. Al contrario, habría que afirmar la mayor rentabilidad social del esfuerzo educativo. Además, la reducción del tamaño de las familias constituye un

factor autónomo que eleva la búsqueda de empleo por parte de las mujeres jóvenes.

El proceso de envejecimiento modifica la proporción de las edades en la población, elevando el peso de los mayores sobre los situados en la edad activa. Si todo anciano fuese un inactivo (que consume pero no produce) y todos los situados entre los 15 y los 64 años trabajasen, el índice de dependencia senil mediría la carga que la senilidad deposita sobre las espaldas de los activos. Los indicadores demográficos servirían como sustitutos perfectos de los económicos. Sin embargo, los factores poblacionales no determinan en solitario la ratio de trabajadores y no trabajadores y, por lo tanto, los indicadores demográficos de dependencia son medidas muy insatisfactorias de la carga de los no ocupados para una sociedad. Los cambios en la tasa de actividad por edad y sexo, así como las variaciones en el nivel de paro, alteran el funcionamiento del motor poblacional. El número de activos no está determinado por cuántas personas están en edad de trabajar; siendo ese un máximo teórico no alcanzable. Además, la tasa de participación laboral es extremadamente variable en el espacio y en el tiempo: cuanto menor sea en términos agregados ese valor, superior será la capacidad de respuesta a las alteraciones en la dimensión de la población en edad de trabajar.

Aún existe un segundo condicionante: el volumen de desempleo. La noción de tasa natural de paro resultó inútil para enfrentarse al análisis empírico; además, la imperfecta sustitución de cohortes en los sexos en el mercado laboral provocaría cambios en la tasa global de desempleo a consecuencia de la modificación en el tamaño relativo de las generaciones, aunque no se alterasen las tasas específicas de paro por sexo y edad.

Por último, quedan los efectos sobre las finanzas públicas. La magnitud del gasto social constituye un elemento básico del debate político actual en las sociedades desarrolladas, rompiéndose el consenso establecido sobre la necesidad de que el Estado asumiese alguna responsabilidad en el bienestar básico de sus ciudadanos. En los últimos veinticinco años, pese al rapante criticismo, el gasto social experimentó un ascenso en porcentaje del PIB en la mayor parte de los países desarrollados, lo que no hace más que agudizar las críticas. Las preocupaciones suscitadas están en relación con la equidad y la eficiencia, pero también con el riesgo de que las haciendas sean incapaces de continuar financiando estos desembolsos en el futuro. En este contexto, las previsiones efectuadas subrayan que el mero efecto de la evolución demográfica será muy impactante al alza.

Sin embargo, a este nivel ya existen elementos compensadores del aumento de los desembolsos en protección social derivados del envejecimiento: los desembolsos en educación, en desempleo, en vivienda o en protección familiar no están ligados al número de ancianos o de dependientes con derecho a pensiones de jubilación, sino al de otros grupos de ciudadanos; la proporción que representan estos

grupos sobre la población total tenderá a descender si el envejecimiento avanza. Por lo tanto, sin modificaciones en el esfuerzo por habitante en estas funciones deberían reducirse los recursos totales asociados a ellas.

Es posible, no obstante, dudar de la eficacia de dichos factores de compensación, dada la inelasticidad de los presupuestos y la determinación del volumen de gasto público por factores complejos. Así, en la función educativa conviene tener en cuenta la existencia de economías de escala, la especialización de los educadores o de las instalaciones y el coste implícito en las inversiones ya efectuadas, así como el aumento de las tasas de escolarización.

En algunos casos, la preocupación va desde el conjunto del gasto social a gastos específicos. Así, en diversos estudios se constata que el gasto sanitario por habitante es muy desigual en función de la edad, tendiendo a ser mucho más elevado a edades avanzadas. La relación entre el gasto per cápita por encima de una cierta edad, por ejemplo los 65 años, y por debajo de ésta presenta grandes diferencias entre países. Esa misma relación tiende a caer conforme nos acercamos a la actualidad, lo que indica también cierta capacidad de ajuste, una vez que las presiones poblacionales sobre el gasto se hacen más fuertes. Los diseños institucionales condicionan ampliamente estos resultados

Además, el fuerte crecimiento registrado en las últimas décadas en el gasto sanitario fue determinado por factores demográficos en muy escasa medida. Para siete países de la OCDE, el gasto sanitario real aumentó entre 1960 y 1984 a una tasa anual acumulativa del 6,4%, pero los factores demográficos sólo explican un incremento del 0,8% anual, mientras que la mayor intensidad en la utilización de recursos por habitante explica el 5,6% anual restante. En los factores poblacionales ya se computaron tanto el aumento del volumen como los cambios en la estructura de edad. Los datos para cada país no se alejan mucho del comportamiento medio. Puede aducirse, sin embargo, que la demografía facilita o dificulta un ajuste de los gastos y, en este sentido, sí que es relevante.

Existe también un elemento compensatorio interno: la caída del gasto sanitario asociado a los jóvenes, menos numerosos en términos absolutos y relativos en el futuro, así como a la fecundidad (embarazo, parto y lactancia). La forma de la curva del gasto sanitario es de U, aunque el segundo extremo sea más largo.

Cabe también preguntarse por la posibilidad de reducir los gastos sanitarios asociados a la atención de las personas de edad. Esta cuestión no permite una respuesta sencilla, porque la atención domiciliaria minora los gastos de hospitalización, que se encuentran entre los más relevantes, pero a la vez externaliza costes públicos hacia las familias. En términos de contabilidad social, habría que imputar el coste de oportunidad del tiempo empleado en ese caso por los individuos (normalmente mujeres) ocupados en esa ingrata labor. Además, las residencias medicalizadas –especializadas en el tratamiento de enfermedades de larga duración– re-

emplazan tanto a los hospitales como a las residencias tradicionales. Y la permanencia en el domicilio se ve favorecida por el desarrollo de servicios de atención continuada. En todo caso, ésta es una de las prácticas que apoya la OCDE como alternativa para el ajuste de los gastos en salud.

Por otro lado, los efectos ligados a las generaciones podrían ser relevantes: ¿son los viejos del futuro similares a los actuales? Cabe dudarlo, en varios sentidos: los mayores del futuro no experimentamos una selección natural tan aguda en la infancia; los hábitos de alimentación, consumo y vida favorecen la prolongación de los años de vida sin graves enfermedades; la incorporación de la mujer a pautas masculinas –como el consumo de tabaco– afectará a su salud a medio plazo. El efecto sobre la esperanza de vida o el gasto sanitario no está claro. En todo caso, los estudios efectuados en la actualidad indican que los sexagenarios e, inclusive, los septuagenarios se comportan cada vez más como personas más jóvenes en términos de gasto sanitario, por lo que es posible que la prolongación de la esperanza de vida tenga efectos menos dramáticos sobre aquél.

Las previsiones de la OCDE sobre los gastos públicos sociales en función de las perspectivas de evolución demográfica destacan que son los recursos dedicados a sufragar los pagos de pensiones los que van a experimentar un superior crecimiento en las próximas décadas, si no se produce un cambio en el marco normativo. Así, para un conjunto de doce países, el gasto en pensiones se multiplicaría por 1,78 entre 1980 y el 2040, aunque con severas diferencias entre ellos¹¹. Debe saberse, sin embargo, que incluso en los casos extremos, el crecimiento anual acumulado de la remuneración real por activo que permite financiar el gasto acrecentado no supera el 1,5%. En la Unión Europea el gasto en pensiones para los mayores superó el 44% del gasto total en protección social en 1994 (sobre un 12,65% del PIB). Esa proporción se mantuvo invariable desde principios de los años 80, pese a la creciente presión del galopante envejecimiento.

La tasa de cotización necesaria para equilibrar ingresos y gastos del sistema de pensiones dependerá de la relación de sustitución entre pensiones y salarios anteriores, así como de las tasas de supervivencia de los jóvenes nacidos hace dos generaciones; e inversamente del crecimiento de los salarios, de la evolución de la tasa de participación en el empleo y del crecimiento demográfico, así como de la tasa de supervivencia de los jóvenes de la generación anterior. La toma en consideración de este conjunto de factores evita caer en la fácil tentación del fetichismo demográfico; más allá de la dimensión relativa de las generaciones y sus funciones de supervivencia, que son importantes, encontramos la evolución del empleo y de los salarios que, a su vez, debemos considerar vinculados a la productividad. Em-

¹¹ El gasto se multiplicaría por 3,04 para Canadá y por 2,88 para Australia, frente a la práctica estabilidad de Bélgica, Suecia, Reino Unido, Italia o Alemania.

pleo y productividad, conjuntamente, nos ofrecen las variaciones en el producto interior bruto.

Estas expresiones no consideran algunos elementos que afectan a la evolución del gasto en pensiones. Tenemos vinculado el derecho a percibir una pensión con el empleo previo, pero a menudo los sistemas de reparto introducen factores de capitalización, aunque corregidos, de modo que la cuantía de las pensiones depende del número de años cotizados y del importe de la base de cotización en un período dado, inmediatamente anterior a la jubilación. Por lo tanto, en los primeros lustros de establecimiento de un sistema de pensiones el sistema no está maduro, pero con paso del tiempo aumenta el número de pensiones y la cuantía media. En el caso español, el sistema de pensiones no se considera aún maduro. Sin embargo, el efecto del fenómeno será degresivo.

Además, la pensión causada se hace evolucionar normalmente en función de la inflación, mientras que las nuevas pensiones dependen de los salarios percibidos en el último período de la vida activa. Como consecuencia, el efecto *sustitución* eleva el gasto en pensiones: desaparecen por fallecimiento personas con una prestación inferior a aquéllas que se integran en el sistema. Hecho éste que no generará dificultades si el ritmo de crecimiento de la productividad y de los salarios se mantiene, porque simultáneamente se elevan las bases de cotización. Pero, si la productividad experimenta un *slowdown*, como ha sucedido en las economías occidentales desde 1973, la presión sobre el sistema se hace mayor. A veces, se señala también que la progresiva incorporación de la mujer a la actividad elevaría en el futuro el gasto en pensiones, al sustituir pensiones de viudedad y no contributivas por subsidios de jubilación por derecho propio. Sin embargo, ese fenómeno tendrá que ir precedido por un aumento del empleo femenino, con lo que se ensanchará la base del sistema.

De cualquier manera, la presión combinada sobre el sistema de pensiones que provocará la evolución demográfica, la maduración del sistema y el efecto *sustitución* puede ser contrarrestado con la adopción de modificaciones normativas.

3.2.2. Algunos resultados para Galicia

Intentaremos resumir a continuación los resultados obtenidos en algunos estudios efectuados para Galicia (ver Fernández Leiceaga, 1998 a y 2000).

En primer lugar, las implicaciones sobre el mercado de trabajo. Existe la posibilidad de que la evolución del número de desempleados sea muy negativa, sobre todo hasta el 2016; y esa situación se agrava con el dinamismo poblacional o el avance de las tasas de actividad femeninas. Por el contrario, no parece previsible que aparezcan tensiones por insuficiencia de mano de obra en el mercado de trabajo; tan sólo en los supuestos de mayor expansión del empleo, inferior vitalidad demográfica y estabilidad de las tasas de actividad comienzan a detectarse proble-

mas en la tercera década del siglo XXI. El desempleo vigente y la elasticidad de la actividad femenina absorben con facilidad la demanda adicional de mano de obra en los demás supuestos. Tengamos en cuenta que mantuvimos inalterada la retirada prematura de la actividad por parte de los hombres, que reflejan las estadísticas para los últimos años: una modificación de este comportamiento permitiría expandir aún más la oferta de mano de obra.

Si un objetivo relevante fuese el de reducir la proporción de inactivos y parados sobre la población total, con un mismo nivel de empleo, los mejores resultados se obtendrían con la hipótesis de menor fecundidad y nula inmigración. En este supuesto se mejorarían incluso los niveles de 1991.

Tabla 6.- Variantes demográficas y de actividad. Inactivos y desempleados en el año 2026. (Hipótesis media de ocupación)

	DESEMPLEADOS		INACTIVOS Y PARADOS
	ACT. MINIMA	ACT. MEDIA	(CUALQUIER HIPÓTESIS DE ACTIVIDAD)
Muy alta	79.195	207.667	1.873.260
Alta	4.889	125.692	1.700.236
Media	-9.878	111.787	1.623.415
Baja	-50.824	72.328	1.436.850
Muy baja	-146.161	-32.490	1.174.921

FUENTE: Elaboración propia.

Por tanto, el fantasma de la insuficiencia de mano de obra se desvanece; muy posiblemente el desempleo masivo sea aún una realidad en el futuro, tanto más grave cuanto mayor sean la fecundidad actual y la inmigración. La minimización de la proporción de los dependientes sobre los ocupados –lo que denominamos tasa de dependencia económica– se obtiene en la hipótesis muy baja, con un indicador coyuntural de fecundidad de 1,1 y un saldo inmigratorio reducido y que llega a invertirse. Dadas las dificultades de incorporar a los jóvenes al mercado de trabajo, ésta sería, sin duda, aquella situación en la cual una proporción superior de los demandantes potenciales de empleo encontrarían un trabajo.

El uso de medidas más sofisticadas de la dependencia económica¹² no altera las conclusiones anteriores. La evolución de la ocupación resulta clave para los resultados obtenidos en el año 2026, el menor dinamismo demográfico reduce el peso que la dependencia lanza sobre las espaldas de los ocupados y, en ningún caso, las realidades poblacionales construyen mundos inflexibles: un ritmo adecuado de

¹² En esas medidas, el conjunto de la población aparece como consumidora mientras que sólo una parte de ella efectúa contribuciones a la producción. Se trata, justamente, de conocer la carga que sobre estos productores representa el consumo del conjunto de la población. Así, calculamos la relación población/ocupación o la relación población/activos para cada una de las variantes demográficas, de ocupación y de actividad. Sin duda, las ratios más adecuadas son las que relacionan consumo y ocupación, aunque el conocimiento de las otras no debería desdarse, pues nos indicarían hasta dónde es posible reducir la carga de la dependencia con una política de creación de puestos de trabajo eficaz.

crecimiento del empleo permite darle la vuelta a la peor de las situaciones creadas por la demografía.

No obstante, se puede avanzar un paso más. Por una parte, el consumo se pondera por la edad, aceptando que ambos factores están relacionados. El consumo se hace crecer con la edad de modo discontinuo, manteniéndose el valor del coeficiente para cada gran grupo de edad (jóvenes, adultos, mayores). El avance del envejecimiento eleva por dos vías el volumen de consumo total para una población dada: se reduce la proporción de jóvenes, con un factor de ponderación inferior a la unidad, y se eleva la de los ancianos, con un factor superior a 1. Cierto es que el inferior dinamismo demográfico reduce el tamaño de la población y, de este modo, actúa de elemento compensador. El superior consumo de los mayores está en relación directa con su uso de los servicios sanitarios o de atención domiciliaria; y el menor consumo de los jóvenes, con su incorporación a viviendas ya ocupadas por otros miembros de la población y su menor necesidad de alimentos.

Por otra parte, no todos los ocupados efectúan la misma contribución a la producción. De nuevo, tomamos en consideración la edad, por grupos quinquenales, y el sexo, dada la relevancia de las diferencias salariales entre hombre y mujer para algunos tramos de edad. La construcción del índice parte de la *Encuesta de presupuestos familiares 1990-91* (INE). Extraemos de los datos originales de ingresos de los subconjuntos por sexo y calculamos para cada uno de ellos el ingreso medio por tramos quinquenales de edad de los que declararon haber estado ocupados el año precedente. Esta última condición es necesaria porque vamos a aplicar el factor de ponderación no a toda la población, sino a aquéllos que guardan cierta relación con la actividad. Para los varones y mujeres ocupados de entre 15 y 65 años obtenemos una media de ingresos por cuenta ajena y totales. Esta media se presenta como un porcentaje sobre los ingresos del grupo de edad que toma valores más elevados.

Las diferencias que se presentan en 1991 entre las diversas medidas de la carga de la dependencia son imputables al peso de las ponderaciones por grupo de edad y sexo, así como al tratamiento de los parados en el denominador de la relación. Es más fácil aproximarse a la evolución de las variables si adoptamos el valor de 1991 como 100. El análisis de la variante demográfica media subraya que la situación en el 2026 iría desde una considerable mejoría hasta un deterioro algo menos marcado. La ponderación del consumo, en este supuesto, contribuye a empeorar ligeramente el peso de la dependencia; la ponderación de los ingresos ayuda a reducir la carga, sobre todo en el caso de actividad mínima. Pero las diferencias más significativas se establecen en función del horizonte de actividad u ocupación elegida. Ésta es la variable decisiva que discrimina entre unas evoluciones y otras.

En la tabla adjunta recogemos la evolución de los dos índices más sofisticados para cada una de las variantes de actividad en la ocupación, así como para dos de las variantes demográficas (alta, media, muy baja). La primera y decisiva conclu-

sión en este contexto es que en cualquiera de los índices la situación mejora conforme el dinamismo demográfico es menor o, lo que viene a ser lo mismo, el envejecimiento es más pronunciado. Los escenarios demográficos más pesimistas podrían encerrar una tierra de promisión económica, en el supuesto de poder medir su bondad por el peso de la dependencia. Si existiese una completa independencia entre el nivel de ocupación y el tamaño de la población, cuanto más descienda ésta menor será la carga de la dependencia.

Tabla 7.- Relaciones de dependencia económica. Índices y variantes demográficas escogidas. Evolución entre 1991 y 2026

1.CP/OCUP1		1991	1996	2006	2016	2026
	VA	3,63	4,27	4,73	4,5	4,61
	VM	3,63	4,27	4,67	4,36	4,29
	VMB	3,63	4,26	4,50	3,96	3,62
2.CP/OCUP2						
	VA	3,63	4,11	4,18	3,98	3,84
	VM	3,63	4,11	4,13	3,86	3,58
	VMB	3,63	4,10	3,98	3,50	3,02
1. Consumo ponderado/ocupados (mínima ocupación) ponderados por los ingresos de 1991 (distribución por sexo y edad). 2. Ídem, ocupación media.						

En segundo lugar, la demografía no impone un perfil de evolución determinado, sino que a lo sumo facilita o dificulta el cambio de los índices. Así, comprobamos que para la variante muy alta, las relaciones de dependencia empeoran en tres de las cuatro ocasiones recogidas. Pero, con la hipótesis más expansiva de las tasas de actividad, los valores de la relación de dependencia mejoran significativamente. Existiría, pues, la posibilidad de situarse en ese escenario, con una vigorosa recuperación de la creación de empleo, sin que los cambios en la estructura por edades o en el tamaño de la población impidiesen lograr ese objetivo. Para la variante muy baja, en cambio, la situación es inversa: en tres de las cuatro medidas de la carga de la dependencia los valores se reducen ostensiblemente, pero la atonía en la creación de empleo permitiría a lo sumo que el peso de la dependencia no se hiciera más pesado en el año 2026.

Por último, si nos fijamos en la carga por ocupado, posiblemente la aproximación más fiel a nuestros deseos en todas las variantes demográficas o de evolución de la ocupación sería un empeoramiento notable hasta el 2006, que se atenuaría en los lustros siguientes.

Si nos enfrentamos, por último, a la influencia de la evolución demográfica sobre el volumen del gasto social y el sistema de pensiones en el horizonte del año 2026, concluimos lo siguiente (ver Fernández Leiceaga, 1998 y 2000):

- El aumento del gasto social está directamente relacionado con el dinamismo demográfico. En los escenarios de menor envejecimiento cae el gasto social en términos absolutos.

- El dinamismo poblacional aumenta el gasto total y por ocupado, reduce el gasto por habitante y reduce el gasto social dirigido a personas mayores.
- El aumento del empleo o el PIB necesarios para compensar el incremento del gasto social determinado por el envejecimiento es asequible y se sitúa en el orden del 0,5% acumulativo anual.
- El gasto en pensiones aumenta en todos los casos, así como el gasto sanitario en ciertos casos; frente a ellos, caen los gastos en desempleo y educación, elementos compensadores de primera magnitud.

Para simular la evolución del sistema de pensiones también es relevante lo que suceda con la tasa de cobertura y con el importe de la prestación media. Es lógico suponer que aumenten ambos, debido, en el primer caso, a la maduración aún inacabada del sistema y a la incorporación reciente de las mujeres al mercado de trabajo; y, en el segundo, por el efecto sustitución de las pensiones menores, devengadas en el pasado, por aquellas más elevadas generadas en cada momento. Pues bien, los resultados obtenidos¹³ se pueden resumir como sigue:

- Si la pensión media sigue una evolución moderada, el déficit del sistema experimentará un crecimiento absoluto, pero su cuantía caerá con relación al PIB; el desequilibrio inicial del sistema se mantendrá, pese al deterioro de la relación demográfica, por los incrementos de productividad generados en el sistema.
 - Un ascenso fuerte de la pensión media provocará un crecimiento absoluto y relativo del déficit, con una agudización preocupante del desequilibrio del sistema; a pesar de lo cual, los resultados no generan un panorama catastrófico.
- Por último, conviene subrayar la sensibilidad de los resultados a la evolución de la ocupación. Es preferible crecer extensivamente para el equilibrio del sistema de pensiones.

Tabla 8.- Variaciones en el gasto en pensiones por cambios en las variables básicas. Año 2026. Variante demográfica media

	1991	1	2	3	4	5
Gasto en pensiones	341.615	464.318	485.096	570.854	596.400	700.237
Nº de pensionistas	571.907	777.330	812.115	777.330	812.115	812.115
Pensión media	597.324	597.324	597.324	734.378	734.379	862.239
Ritmo de crecimiento del gasto		0,881	1	1,478	1,605	2,06
RC pensionistas		0,881	1	0,881	1,007	1,007
Rc pensión media		0	0	0,592	0,592	1,0542

1. Efecto del cambio poblacional con tasa de cobertura y pensión media como en 1991. 2. Tasa de cobertura más alta; pensión media igual que en 1991. 3. Tasa de cobertura como en 1991; pensión media más elevada. 4. Tasa de cobertura más alta; pensión media más elevada. 5. Ídem y, además, mujeres con 85% de la pensión media masculina por encima de los 65 años.
Gasto en pensiones, en millones de pesetas. Pensionistas, en unidades. Pensión media, en miles de pesetas.
Tasa de crecimiento: variación anual acumulativa de la variable.

FUENTE: Elaboración propia.

¹³ Utilizando la variante demográfica media.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X. (1998): “Os efectos dos cambios demográficos no gasto social. Galicia, 1991-2026”, en M. Jordán Rodríguez y X. Fernández Leiceaga [coord.]: *Congreso de Economía de Galicia: Desenvolvemento e Globalización*. Universidade de Santiago de Compostela, 1999.
- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X. (1999a): “Envejecimiento y gasto social. El caso de Galicia”, *Xornadas da AGESP* (pendiente de publicación).
- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X. (1999b): “La caída de la fecundidad en Galicia: 1970-1995. Explicaciones desde la economía”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 87.
- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X.; LAGO PEÑAS, S. (1999): *O crecemento de valor engadido e a xeración de emprego na economía galega*. (Documentos de Traballo do Departamento de Economía Aplicada). Universidade de Santiago de Compostela.
- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X. [coord.] (2000): *Avellentamento e Economía*. Xerais. (Pendiente de publicación).